

de los últimos años del franquismo, con las ausencias de quienes habían tenido un acusado protagonismo y alejados, sin presencia ni recuerdo que los rehabilitase.

Sigo teniendo mucho que decir y quiero decirlo como sea escribió en una carta desde la República Dominicana. Rafael Quirosa se ha encargado, no sólo de cumplirlo sino de aportarnos herramientas para la comprensión de una de las más importantes etapas de nuestra reciente historia.

Rosas, Fernando, *Salazar e o poder. A arte de saber durar*. Lisboa, Tinta-da-China, 2013, 367 pp.

Por Juan José López Cabrales
(Universidad de Cádiz)

En pocos casos una relación de vecindad entre naciones reviste unos tintes de ignorancia mutua tan acusados como la existente entre Portugal y España, al menos, por lo que yo puedo decir a partir de mi experiencia de ciudadano español de la ignorancia que existe en España hacia Portugal. A pesar de ocupar un espacio geográfico singular y diferenciado y de poseer raíces históricas comunes, ambos países y lo que es peor ambas poblaciones han llevado, a partir de la gran crisis de la Monarquía Hispánica, esto es, del año 1640, existencias divergentes. Reto al lector, habitante de una capital de provincia media, a encontrar en cualquiera de las librerías de su ciudad algún libro en portugués. Es más, si visitas Madrid tampoco los hallarás en los grandes espacios de venta de libros al uso. Tendrás que hacer un viaje, incluso más corto y cómodo según dónde se halle la provincia, y adentrarte en territorio luso para poder abastecerte de novedades editoriales de ese país tan cercano y distante a la vez. Y, sin embargo, la historia contemporánea de España y de Portugal se halla repleta de curiosas coincidencias. La existencia en el siglo XIX de una reina niña avalada por los liberales del país contra su tío, defensor de un absolutismo recalcitrante es una de las más llamativas e ignoradas. Las vicisitudes comunes que llevaron a la entra-

da simultánea de ambos países en la UE o la historia económica más reciente, que pasa por una etapa de gastos fuera de control y el *default* y rescate del país vecino del que *in extremis* se salvó el nuestro, nos suenan más por la proximidad y requerirán en su día algún estudio serio y riguroso. Pero la similitud más destacada y en la que se centra el libro del catedrático de la Universidade Nova de Lisboa al que se refiere la presente reseña, es la existencia de dos dictaduras que ocuparon las décadas centrales del pasado siglo y que no dejaron de constituir un anacronismo singular en la historia europea más reciente, la dictadura de Franco y el Estado Novo de Antonio de Oliveira Salazar.

Fernando Rosas analiza con detenimiento y gran abundancia de documentación ese saber durar que caracterizó a la enigmática figura del dictador portugués y que lo hace prácticamente idéntico cronológicamente al Generalísimo español. A pesar de haberse resaltado las divergencias entre ambas figuras, más fuertes son las semejanzas: la ideología corporativista, tradicional y católica de ambos, su aversión hacia el liberalismo y el socialismo, la idea temprana de ser depositario de una misión salvadora de la nación, y desde un punto de vista de las personalidades, el carácter frío y austero de los dos dictadores. Casi puede decirse que la principal diferencia entre ambas figuras se relaciona con cuestiones más bien de atrezo: Mientras que Franco se presentaba las más de las veces con su uniforme que le acompañó hasta la tumba, Salazar, en su condición de catedrático de Economía, siempre usó chaqueta y corbata.

Pero desde el principio el autor advierte de que su libro no es en modo alguno una biografía. Efectivamente, el enfoque es ideológico y circunstancial, sin perderse en detalles personales. Lo importante no es Salazar, lo importante es por qué el Estado Novo, encarnado en su persona, duró tanto tiempo. No valen explicaciones simplistas. Ni la mayoría de los portugueses idolatraba al régimen y a su jefe, ni tampoco lo detestaban y se movían sólo por miedo a una represión. Además, en un periodo de tan larga dura-

ción, que abarca desde 1926 a 1968 –la etapa de Marcelo Caetano queda fuera del libro-, se pueden diferenciar numerosos periodos y etapas en las cuales la adhesión y la represión se manifestaron de formas muy diversas.

La Dictadura se basó en una serie de mitos que aparecen desde su mismo momento fundacional, esto es, desde la intervención militar del 28 de mayo de 1926 que ni fue una intervención salvadora del Ejército animada por una inteligencia estratégica, ni provocó una fácil caída de la República liberal sin apoyos sociales, ni una lógica y fácil senda hacia el Estado Nuevo que se abriría en 1933. El poder de Salazar fue imponiéndose lentamente y paso a paso entre los militares golpistas, primero derrotando al movimiento obrero, segundo presentándose como mago de las finanzas y jefe político de la contrarrevolución, tercero aislando a los militares republicanos, cuarto logrando la institucionalización del régimen entre 1933/34, quinto disciplinando el nacional sindicalismo para, por último, unir en una única fuerza a todas las derechas. Este oscuro profesor, desconocido por el gran público, usaría con inteligencia la propaganda para darse a conocer y para presentarse como el jefe de ese Estado Nuevo que acabaría produciendo al hombre nuevo que necesitaba Portugal para su regeneración y que se prolongaría durante largas e interminables décadas en las que acabaría dejando de ser Nuevo y convirtiéndose en una rémora obsoleta para el progreso de la nación vecina.

¿Y en qué se basa ese arte de saber durar? En primer lugar en la adecuada gestión de las dos modalidades de violencia que sustentan toda dictadura, la preventiva y la punitiva, en segundo en el control del ejército, no sin sobresaltos que coinciden con los peores momentos del régimen: la crisis tras el final de la II Guerra Mundial, el terremoto delgadista de 1958, que conduciría a la Dictadura a una guerra colonial sin salida, y el último susto, el golpe fallido de Botelho Moniz en 1961, antes de la crisis final del sistema, ya en época de Caetano, en tercer lugar a la colaboración de la Iglesia Católica y, por

último, a la imposición de un fascismo totalitario basado en el corporativismo y la idea de la necesidad de crear un Estado y un hombre nuevo que tras la debacle de los totalitarismos después de 1945 puso su acento –un nuevo punto de contacto con la situación de la España de la época- en el aspecto católico y en la colaboración de la Iglesia. Gracias a la conjunción de todos estos elementos, Salazar sobrevivió 35 años como cabeza indiscutible del régimen y sólo pudo derribarle una tonta caída de espaldas mientras esperaba al pedicuro, que le provocó un accidente cerebrovascular que a la postre resultaría incapacitante y que procuró ocultar por todos los medios hasta que ya fue demasiado tarde.

He dejado deliberadamente para el final el primer capítulo del libro. En él se analiza la relación entre Salazar y la política para concluir que “la verdadera esencia de la ‘política nacional’ era la despolitización y la desmovilización política”. El Estado Nuevo y su jefe verían siempre con la mayor desconfianza las tentativas de movilización política de las masas, incluso aquellas orquestadas a su favor. En ese sentido, son significativas las reservas de Salazar hacia la permeabilidad de Mussolini respecto a las presiones de la calle. Algunos de sus argumentos en contra de la política y los políticos resultan muy semejantes a las que pocos kilómetros más al Oeste realizaba en esos momentos Francisco Franco y, curiosamente, sacadas de su contexto revisten gran actualidad en un momento como el actual en el que el descrédito de la clase política y la corrupción amenazan con una deriva peligrosa en la que no puede perderse de vista el respeto a una serie de libertades que tanto ha costado consolidar.

La reflexión acerca de las dictaduras que surgieron en Europa hace ya casi un siglo sigue siendo no sólo pertinente, sino necesaria. Tras una vida entera dedicada al estudio de estos asuntos, Fernando Rosas ha escrito un libro que, como indica José Pacheco Pereira en la contraportada, marcará por muchos años la historiografía del Estado Nuevo de Salazar.